

## LOS REYES OCULTOS

### DESDE LA LUZ PREGUNTAN POR NOSOTROS

*Vuelve el mar, vuelve el mar,  
regresa como el odio  
(el esplendor, la ruina, la lujuria del odio)  
inunda tu memoria, tu ilusorio presente,  
con remotas bocinas, con olas que, insistentes,  
no soñadas, vividas,  
regresan de otra música, de otro mar en tu sueño,  
a cuajar esa sal que evapora tu olvido.  
Tal vez en símbolos  
o en arpegio de luces como símbolos.  
O en pájaros de finísimo vuelo  
cuya única misión, cuyo rocío en las alas,  
era ofrendar la sangre de enlutadas auroras.  
O tal vez, sí, de aquel dulcísimo estupor  
venido de tal asombro  
que era como un quejido de Dios  
en uno, en uno mismo,  
o en la línea de bruma que hacía posible  
fundir la sed y el viento  
en un secreto aroma de turpial y de orégano.  
O delirio que triunfa, esta vez para siempre,  
vagando en sus mil nervios de susurro y de fronda,  
en un patio que el amor duramente golpea  
al esparcir su duelo  
en rostros que ya no inquiere el aire ni la mañana  
invocan.  
Sufriendo en otra orilla, en otro mar oyéndose,  
torturando y oyéndose.  
Y el mar, como eterno suspiro y ala inmensa,  
preguntando otra vez y regresando.*

*Esa vasta y pomposa fatiga del mundo, revestida de invierno para otra vez verano. Otra forma de creer —¡Oh intruso!— en aquella enérgica ilusión parecida a la vida (y acaso vivida entre la vida, a ella perteneciendo) con la misma riqueza, el orgullo, con que persiste la acumulación de insistentes, elusivos aromas, que tejen, deshacen y retoman el día, uno solo cualquiera. Tal esa vara de cedro, florecida, que espera la mano sacerdotal, el oro de los cíngulos, la anulación de sucesivas edades, entre anillos, en la penumbra ennoblecida por encajes y lámparas donde estalla la furia (sorpresiva y temible, detonante) de un rostro y esotravez lo fino que con maligno brillo renace en el estiércol. Y el viento, digo, el mismo que derrama su murmullo de alumbre en las manos del gerente al hundirlas en papeles, en vísceras, donde la sangre se ha disecado en números. El viento (ahora la voz) con que el alcaide testifica los años—con todos sus gritos y sofocadas maldiciones y el tiempo, fina aguja que hilvana una dulce, monstruosa y dulce y tranquila desesperación— que se han podrido en aquel ser adusto, encendido un instante, fantasma del umbral y también de su sueño, de otro ser en su sueño, con ojos, corbata y hasta un poco de almíbar o placer en sus labios y que mira la vida como otro cuento o desafío o mano de mujer en sus manos. Y de nuevo, otra vez, sí, otra vez, se propone el recuerdo, la resurrección, la maldad, el sufrimiento. Y dice:*

.....  
*O como las lilas  
cuando ya han sido tumbas  
o lámparas  
o aroma de tabaco en las manos del padre.  
Que se acoda a la baranda del comedor  
y algo mira sin saber las palabras,  
sin regresar,  
entre vagos insectos, en la tarde,  
entre lirios,  
entre por fin sin nadie,  
con almendros vestidos por enero.*

.....  
*Y retratos.  
Diré mi amor por esas cenizas,  
tras los vidrios.  
Quietas. Con alguien que no es  
y que nos mira.  
Y nos sueña.*

*Y nos extiende manos  
que no hallan nuestras manos.  
Y jóvenes cuya memoria zumba  
como finas abejas en un yelmo.  
Y labios que susurran y disuelven un nombre.  
Y líneas —¿ojos que siguen viendo dos ojos en la tarde?—  
ya tumba de facciones y de sueños.*

.....  
*Me recuerdas el mar  
o la suave colina que desciende al mar,  
entre clemones.  
También una ventana solitaria  
o un ala que, al pasar,  
se lleva consigo  
todo el fuego y la pasión del verano.*

.....  
*No veré más tu rostro.  
Has elegido un silencio  
que, de ser hollado,  
apagaría tus facciones en mi alma.*

.....  
*Soñamos este sueño  
entre piedras, entre leves sonidos,  
entre hojas.  
Prolongamos un rito  
tan lejano, tan duro.  
Masticando,  
olfateando un posible jardín  
donde todos son lirios.  
Y donde toda explicación.  
ha sido abolida y sellada  
por un horror tranquilo.*

#### ESPINA PARA CLAVAR EN TUS SIENES

*Y me voy a morir —tú bien  
lo sabes—  
a morirme de barro bien usado,  
a morirme de risa repentina,  
de risa de estar vivo como un hombre.*

*¿Para qué me trajeron cabestreado  
por rosas y rosales y escaleras?  
¿Para qué me pusieron estos ojos  
y estas manos con hambre  
y estas venas?  
¿Para qué me pusieron tanta lumbre,  
tanto donde escoger y tanto frío?  
Me dan risa este día y esta hora  
y esta rosa en su tiesto y este muro  
que me grita su yedra y su volumen.  
Me dan risa la tierra y mis dos piernas  
y las ganas de morirme en que me pudro.  
El aire que respiro me da pena.  
Pena de coliflor, risa de nada.*

#### TARJETA DE AÑO NUEVO

*Miras el tiempo atrás, miras tu sangre,  
tus derrotadas horas, tu sonido,  
malhayando un tal vez y un no me importa.  
Fundido con el mar, la muerte, el sueño,  
purgas en lo que fuiste, quieres pena,  
regresas al aroma de un miércoles, al sigilo  
de tus desnudos pies en una alcoba.  
Recordando un recuerdo, te preguntas  
por lo que pudo ser y lo que ha sido.  
Lo que eres, lo que tu sed y tu suplicio quieren.  
Y encuentras tu carcomido sol, tu mismo luto,  
tu misma piel ajada,  
tu idéntica manera de verte en un espejo  
con el tiempo fundido a tus espaldas.  
Pruebas la eternidad:  
el ancho, el filo de un poderoso diente.  
Es entonces cuando te vuelves sin saber  
y escuchas, cuando abrazas y ríes,  
cuando dices, con amable terror,  
de labios para afuera o para adentro:  
«Te felicito, amigo, te mereces  
el año, la agonía que has ganado.»  
Y con tu voz sacudes la ceniza  
que la muerte ha dejado en sus mejillas.*

## AL PIE DEL CASCABEL CRECEN DOS OJOS

*Hoy tocas dulcemente  
su edad de hueso móvil,  
su cadera creciente,  
sus hombros que te buscan y caminan.  
Tiene seis años de estar aquí,  
de estar con el rocío.  
Su edad es tantas veces un segundo  
que ya perdí la cuenta de su llanto,  
de sus árboles-ojos y los ruidos  
que fecundan y lijan sus oídos.  
Tu hija ha crecido.  
Con ella está creciendo su muñeca,  
su caballo de palo,  
sus trenzas de enroscar las buenas noches  
y ese corpiño de riñones, de sexo silencioso,  
con pantuflas ladrándole a la almohada.  
Tu hija está aquí con su gran animal agazapado.  
Con seis años de leche,  
de zapatitos rojos y lazos a la espalda.  
Sus años de jazmín están creciendo.  
le alargan las mejillas,  
le alargan las mejillas,  
y le tejen su traje de mujer y sus hijos  
nadando entre la leche de sus ojos de niña.*

## EL HERMANO ENTRE LAS LAMPARAS

*En tu llanto empieza la risa  
a morder un limo bárbaro.  
Un limo doloroso que desde el fondo cruje.  
Te aprisiona un incendio de pálidas raíces,  
de aceite que retorna de apagadas redomas,  
de niños que crecieron en el vidrio de un fruto.  
Tú eres la lumbre, la castidad,  
el murmullo que regresa con la tarde,  
las voces que espejean en el aire  
detrás de esos hombres que ríen o saludan  
o posan simplemente sus manos en un mueble.*

Tú eres igual al candor de una espada  
fulgiendo en las entrañas de un arroyo escondido.  
Tú eres la saliva de un vocablo bajo la luz de la luna.  
Atrás quedó el suplicio de los trajes gastados,  
de las arrugas que aprisionan un rostro,  
de las madrugadas temblando en una cabellera revuelta.  
¿Tú has visto el balanceo de una mujer encinta  
caminando por una calle, sola?  
¿Has visto a un perro perdiendo a su amo  
en cada transeúnte que cruza por su olfato?  
¿Has visto en fin un muerto,  
un muerto simplemente vestido de rocío?  
La espina es lo de más y lo de menos.  
La espina —lo que se pudre y cae—  
lo demás es el viento, tu mano,  
la luz con que responder al grillo y al espejo.  
¿Quién firmó tu pisada y repartió tu tacto?,  
¿quién dijo: «llevarás tu silencio como estandarte  
y arderás en la paciencia de toda hoja encendida»?  
Hijo mío, ¿dónde mamaste esa leche  
de tu perfecta mordedura?  
¿Dónde arder?, ¿dónde morir ahora?  
Tu pecho es ahora duro de furia y regocijo,  
clavo de amargura tu lengua,  
lirio, pan y hormiga el rigor de tu siembra.  
Y, sin embargo, todo fue en ti para el crecimiento y la dicha.  
Esta será tu casa,  
éste será tu pozo,  
éste el brocal con que rodearás tu pozo  
y éste será el patio para tus árboles  
y el lecho para que tus hijos  
le pidan caminos al vientre de tu esposa.  
Este es exactamente el límite.  
Nadie dirá nada, hermano mío.  
Estás entre las lámparas.

### NARCISO INCORRUPTIBLE

Elemento dichoso,  
espejo que tal vez atesora, lento, el aire,  
suave empuje de oro sobre el hombre y el día.

*Navegas y mi ser consume su planta, su perfume,  
en el tenso equilibrio de tu fluir, tu sonido,  
y ese tibio compás de tus móviles bordes.*

*¡Ay!, llorado, doblado en el olvido,  
apenas en mi luto tu huella cenicienta.*

*Tu asombro inclinaba tu belleza  
y era el vuelo ante ti,  
las hojas encendidas,  
el fino ardor del agua.*

*Sobre lo que pasa, lo que nos mira y huye,  
inclinas tu tristeza adolescente,  
tu carne conseguida,  
y duras, cálidamente duras,  
mientras vibra la muerte sin herir tu hermosura.*

*Algo socava, vive,  
nos empuja los árboles,  
los días, las preguntas,  
curva sobre nosotros  
el filo de un idioma ignorado.*

*Y nosotros de ti, bajo tu sombra,  
bajo tu frío aliento de niño milenario,  
a augurar en los pájaros, en la luz, en la noche,  
tu inasible vendimia de yelo inacabable.*

*¡Ay, albor! mármoles seguros,  
fiesta de lo concreto y duro,  
de lo opuesto al morir,  
sentid ahora las hojas,  
el fuego delicado de una rosa en el aire,  
y el vuelo de esta mano  
obstinada en perseguir tu sonrisa  
firmemente dibujada en la piedra.*

*Si fuera, no más, la penumbra de tu candor,  
el pulso riguroso,  
el impasible recreo de tu sonrisa sobre el cristal incommovible.*

*Miraríamos, entonces, la yerba,  
su firme hambre terrestre,  
y la seguridad de nuestros sentidos  
sin tu apetito indescifrable.*

*Pero tiembles, reclamas retornas cada día  
a mirarte, a mirar por nosotros  
nuestra arcilla extasiada sobre el agua del mundo.*

*Y puro, sí, lejano,  
Narciso incorruptible,  
rostro inmarchito,  
norma del alba y de la noche,  
perpetuamente ardiendo en la zarza de un hechizado pensamiento.*

## SALMO DE LA DERROTA

1

*Cuando en el día —hojas, aire, sonido, movimiento—  
algo crispera su bello ceniciento.  
Cuando en el saludo, en el regocijo de una simple llamada,  
el perfume de un remoto suplicio,  
algo modelado por una ambigua terquedad,  
se refleja en el dibujo de nuestro labio  
comunicándonos una piedad desconocida.  
Cuando hemos acabado de herir  
y empezamos a herir  
y aspiramos —tal vez intactos—  
a seguir hincando nuestro filo  
en la epidermis de una antigua dicha  
obscurecida por el temblor de la batalla.  
Cuando el sudor nos embellece con sus finas medallas.  
Cuando la faena es menor que la sed  
y el hambre apenas otra lanza con que llagamos el instinto.  
Cuando la ciudad se repliega y deduce  
y cada lámpara es un clamor meditado en secreto.  
Cuando el amor —¿hablamos del amor con tan ligero albedrío?—  
es tacto, nombre de varón y mujer,  
espeso almíbar  
donde sumerge un viscoso animal sus narices de oro.  
Entonces, oh, sí, entonces,  
hemos borrado el diezmo y la primicia  
como la letra y el número demasiado fácil  
o como el ataúd no acabado de cancelar  
impidiéndonos un cómodo reposo más allá del alguacil, el sacerdote  
y la mujer que nos llamaba perro  
mientras suplicábamos por un poco de gomina  
para sosegar el martirio de nuestras guedejas de diecisiete años.*

Tal vez, tal vez, decimos,  
 algo de todo esto pudo haber sido la justificación.  
 Pero nosotros respondemos por el engaño.  
 Nuestra inocencia es asunto demasiado caro.  
 Pagamos con un poco de estupor  
 el corcel, la primavera, el mediodía,  
 nuestra firma en un documento público.  
 Oh, Dios mío, Dios mío, te suplicamos,  
 como el trazo de un barrio donde tenemos el lecho y el pan  
 buscamos tu dirección entre las hojas.  
 Pero qué, ¿el rictus de tu pupila es suficiente?  
 ¿Puedes, acaso, cubrir esta lujosa desdicha,  
 este abandono succulento,  
 esta nevada oscuridad,  
 con el pendón de tus despojos?  
 ¿Basta que nos habite tu ausencia para que hayamos rebasado el  
 (Hijo, hijo, me ha dicho tantas veces el retórico, [lindero?  
 la faena está a punto de cuajar,  
 tu desfallecimiento tiene algo de arribo.  
 Pero siento que mi llegada ha roto el equilibrio,  
 que mi ojo es mucho más hambriento que mis vísceras,  
 que un ascua, para la cual no hay agua,  
 me devora la frente.)  
 El mundo es una camisa demasiado grande.  
 Demasiado de todo esto:  
 de verdura, de soledad, de arena, de ángel.  
 Caemos, sí, caemos  
 hacia adentro caemos.  
 Sin caridad hacia nosotros contribuimos a la destrucción.  
 Mirad, entonces, la derrota de nuestros elementos:  
 nuestra sal derramada en la yerba,  
 nuestro apetito en el rocío,  
 nuestro plumaje, aquello que aletea en nuestra sangre,  
 sin vuelo ya, sin hombre, diluido entre las piedras.  
 Lo sabemos —he aquí, ¡por fin!, nuestra victoria rencorosa—  
 es hondo y lo sabemos:  
 con cal y mugre y lágrima y suspiro  
 no podremos nunca construir el cielo.

*Nos evaporamos  
y el cielo se evapora con nosotros.  
Pero ¿saciarás acaso nuestro furor  
con el mendrugo de tu dulzura?*

#### PARTE DEL CUENTO LLEGA HASTA UN AMIGO

*¡Ay, amigo,  
qué duro es cuajar alma!  
Dale que dale al día,  
bebe que bebe el zumo de uno mismo,  
tritura que tritura  
los granos cosechados por el sueño.  
¡Qué tozuda la sangre!  
Qué agudo este misterio de los dientes  
y esta llaga tan fina que huele a lo que somos  
y parte de nosotros  
y no encuentre en el aire su borde doloroso.  
Cada día entre furores,  
dando tumbos, comiendo madrugadas,  
implorando mendrugos de almanaque  
y acechando —entre un oscuro fondo de empujones y fechas—  
la golosina de un domingo imposible.  
¡Ay, amigo! Estás tan lejos que te vuelves aire  
harina de memoria, nada,  
y me hablas, sí, me llamas,  
te asomas a mi frente y hurgas en mis pupilas  
y dices en la curva de tu aplomo,  
mojando mi estupor con tu saliva:  
mira, sal ya, júntate a mí,  
deja, molusco, tu obsesión avara.  
Y yo entre huesos, hijo, entre palabras  
que no saben andar,  
entre lodo de abuelos  
y sortijas con dedos que murieron,  
sin ser la mano de mi prima hermana.  
Yo en la mollienda de mi desvarío  
destilando mi sangre, mi vinagre,  
molusco aquí, molusco de mi luto,*

*en la caparazón de mis maneras,  
saboreando este cieno de mi muerte.  
Y tú arriba, llamando,  
sabiendo sí —¿lo sabes o lo ignoras?—  
que tus ojos, tu lengua y tu pisada,  
prietos de tí, comidos por tu hambre,  
son ya otra forma de mi propia nada.*

### ADIVINANZA DEL FUEGO

*Todo este vasto, inmerso, sonido de nosotros.  
Estos lagos de luz que, de súbito, apagan sus vidrios  
y se funden a un lodo de memorias y días  
para luego (un verano también nos aniquila)  
avivar los terrones de unas horas concisas.  
Cuando despiertos, enteros, ampliamos nuestro límite.  
Cuando todo en derredor es labio,  
la luz es lo más joven y ardemos en su espada  
y solitarios, ebrios de un presente que inviolado navega,  
suspiramos confusos de vivir, de sentirnos.  
Entonces, sólo entonces, dulcemente cuajados,  
palpamos en lo nuestro, esperamos.  
Al unísono, colmados y anhelantes,  
afinamos la sangre hasta ser sólo sangre,  
ojo que lame el mundo,  
piel que ya no divide la tierra de nosotros.  
Pero somos nosotros, opuestos, ocupados,  
en un vago recuerdo, en una terquedad lujuriosa,  
en un tiempo nutrido de pavor, de gajos exprimidos,  
que madura, que canta,  
que oxida nuestros bordes al derramar su sueño.  
De esto nada sabemos. Lo sabe nuestro sueño.*

HECTOR ROJAS HERAZO

Apartado Aéreo 27317  
Kra. 3 B 23-49  
BOGOTA (COLOMBIA)